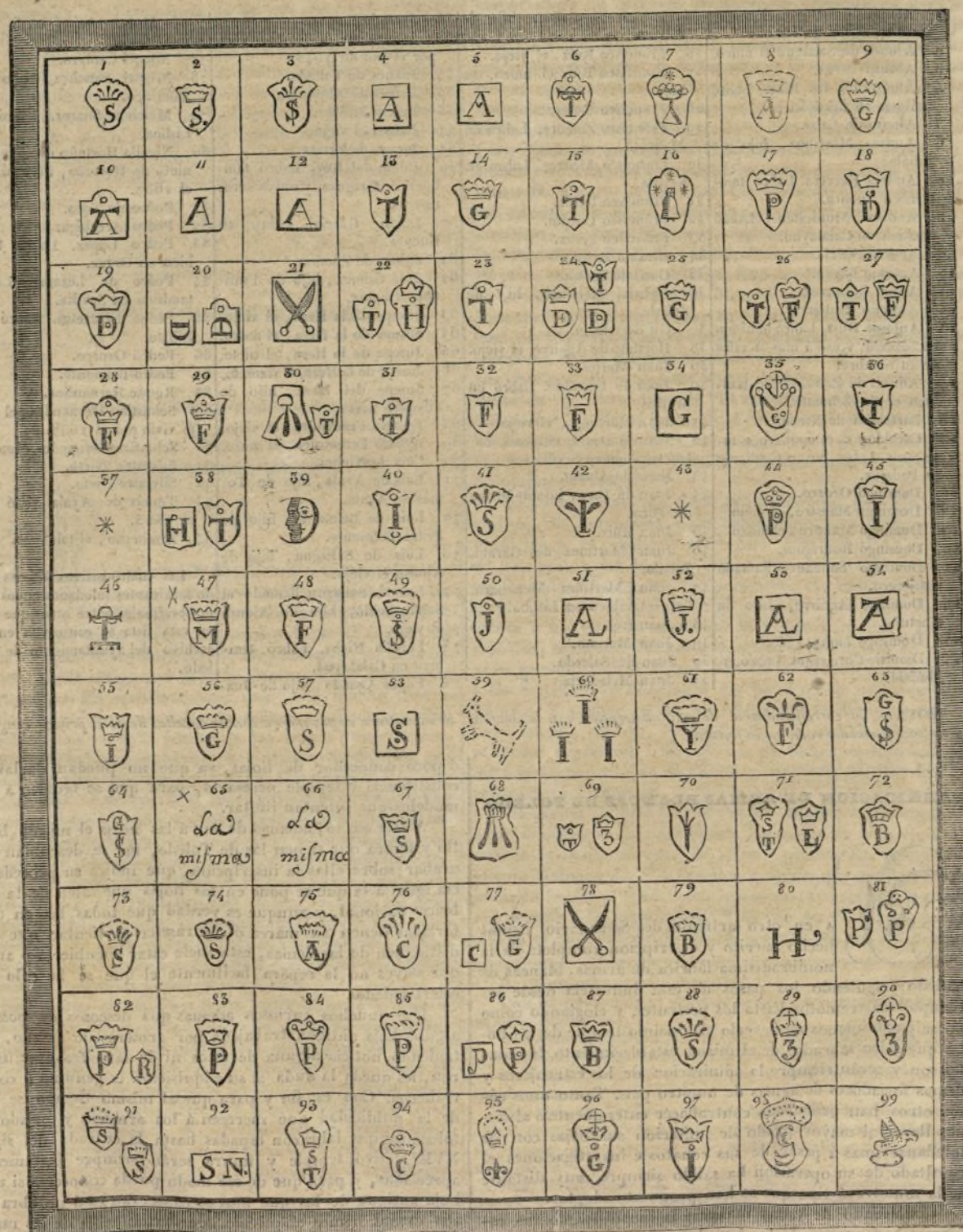


INDUSTRIA ESPAÑOLA.



Marcas de que usaron en sus espadas los mas famosos armeros de Toledo, cuyos nombres damos en la plana siguiente; debiendo advertir que en las espadas todas estas marcas estan de relieve.

Segunda serie. — Tomo III.

28 de marzo de 1841.

TABLA ALFABÉTICA

de los mas famosos armeros de Toledo, cuyas marcas ó matrices están en la plana anterior.

1 Alonso de Sahagun el viejo. Vivía en el año de 1570.	25 Fabian de Zafra, hijo de Adrian.	52 Juan de Bargas.	nes Muleto. Labró en S. Clemente.
2 Alonso de Sahagun el mozo.	26 Francisco Ruiz, el viejo.	53 Juanes de la Horta, vivía por el año de 1545.	77 Miguel Cantero.
3 Alonso Perez.	27 Francisco Ruiz el mozo, su hijo.	54 Juanes de Tolledo.	78 Miguel Sanchez, hijo de Domingo.
4 Alonso de los Rios. Labró tambien en Córdoba.	28 Francisco Gomez.	55 Juanes de Alquiniba.	79 Melchor Suarez. Labró en Lisboa.
5 Alonso de Caba.	29 Francisco Zamora. Labró en Madrid.	56 Juanes Muleto.	80 Nicolás Hortuño de Aguirre, nieto de Hortuño, floreció por el 1637.
6 Andrés Martinez, hijo de Zabala.	30 Francisco Alcozer. Labró en Sevilla.	57 Juanes el viejo.	81 Pedro de Toro.
7 Andrés Herrera. Labró tambien en Cuenca.	31 Francisco Lardi.	58 Juanes de Urriza.	82 Pedro Arechiga.
8 Andrés Muniesten. Labró tambien en Calatayud.	32 Francisco Cordui.	59 Julian del Rey. Labró tambien en Zaragoza, y usó de otras marcas.	83 Pedro Lopez. Labró tambien en Orgaz.
9 Andrés García.	33 Francisco Perez.	60 Julian García. Labró en Cuenca.	84 Pedro de Lezama. Labró tambien en Sevilla.
10 Antonio Baena.	34 Giraldo Reliz.	61 Julian de Zamora.	85 Pedro Lagaretea. Labró en Bilbao.
11 Anton Gutierrez.	35 Gonzalo Simon.	62 José Gomez, hijo de Francisco Gomez.	86 Pedro Orozco.
12 Antonio Gutierrez.	36 Gabriel Martinez, hijo de Zabala.	63 Jusepe de la Hera, el viejo.	87 Pedro Belmonte.
13 Antonio Ruiz. Labró tambien en Madrid, y usó á mas la cifra de su nombre.	37 Gil de Almagu.	64 Jusepe de la Hera, el mozo.	88 Roque Hernandez.
14 Adrian de Zafra. Labró tambien en S. Clemente.	38 Hortuño de Aguirre, el viejo.	65 Jusepe de la Hera, el viznieto.	89 Sebastian Hernandez, el viejo vivía por el 1637.
15 Bartolomé de Nieba.	39 Juan Martui.	66 Jusepe de la Hera, el viznieto.	90 Sebastian Hernandez, el mozo.
16 Cacaldo y el campanero, compañeros. Labraron en Cuellar y en Badajoz.	40 Juan de Leinalde. Labró en Sevilla.	67 Jusepe del Haza, hijo de Silvestre nieto.	91 Silvestre Nieto.
17 Domingo Orozco.	41 Juan Martinez, el viejo.	68 Ignacio Fernandez, el viejo.	92 Silvestre Nieto.
18 Domingo Maestre, el viejo.	42 Joan Martinez, el mozo. Labró tambien en Sevilla.	69 Ignacio Fernandez, el mozo.	93 Tomás de Ayala vivió por el 1625.
19 Domingo Maestre, el mozo.	43 Juan de Almagu.	70 Luis de Niebes.	94 Zamorano, el toledano.
20 Domingo Rodriguez.	44 Juan de Toro, hijo de Pedro de Toro.	71 Luis de Ayala, hijo de Tomás de Ayala.	
21 Domingo Sanchez, llamado el tijerero.	45 Juan Ruiz.	72 Luis de Belmonte, hijo de Pedro Belmonte.	
22 Domingo Aguirre, hijo de Hortuño.	46 Juan Martinez de Garato, Zabala.	73 Luis de Sahagun, hijo de Alonso el viejo.	
23 Domingo Lama.	47 Juan Martinez Menchaca. Labró tambien en Lisboa.	74 Luis de Sahagun llamado el Sahaguncillo, hijo de Alonso el viejo.	
24 Dionisio Corrientes. Labró en Madrid.	48 Juan Ros.	75 Luis de Nieba. Labró tambien en Calatayud.	
	49 Juan Moreno.	76 Lopus Aguado, hijo de Juanes Muleto.	
	50 Juan de Salcedo.		
	51 Juan Meladocia.		

NOTA. La correspondencia de esta numeracion con las marcas, se encontrará empezando á contar aquellas desde el primer renglon y así sucesivamente como en la lectura.

FABRICACION DE ARMAS BLANCAS DE TOLEDO.



A en otro artículo del Semanario hemos hecho mérito y descripción completa de la nombradísima fábrica de armas blancas de Toledo, siguiendo los pasos de esta industria desde los tiempos mas remotos hasta los presentes, y elogiando como no se puede menos de hacerlo el finísimo temple de las hojas que salen labradas de el mismo establecimiento, las cuales son y serán siempre la admiración de los extranjeros y demas forjadores de armas de nuestro pais. Tanto unos como otros han procurado contrahacer enteramente ó al menos llevar al mayor grado de imitación sus hojas con las toledanas; mas á pesar de sus conatos é investigaciones el resultado de su operacion ha salido siempre muy distante de la muestra ó tipo que se han propuesto adoptar.

Conociendo de todas maneras la inutilidad de sus esfuerzos han procurado los forjadores de armas blancas, para venderlas con mayor estimación, haciéndolas creer trabajadas en la fábrica de Toledo, el rebestirlas de todas las esterioridades que puedan alucinar al comprador inesperto

ó poco conocedor de hojas, ya que no puedan darlas la consistencia y temple necesario, para que se igualen á los modelos que intentan imitar.

A este efecto, ademas de dar á las hojas el mismo brillo y figura que tienen las de Toledo, no se descuidan en grabar sobre ellas la inscripcion, que indica su procedencia igual á la que se pone en las hojas que salen de la fábrica nacional, y aunque es verdad que todas las en ella forjadas tienen su marca ó contraseña particular que las distinguen de las demas, esta suele estar encubierta ó aunque se vea no la repara facilmente el que se fie solo de esterioridades.

Hay muchos curiosos ademas que desearon de poseer alguna hoja antigua trabajada por armeros de Toledo, no teniendo noticia alguna de estos ni de las cifras que usaron, les queda la duda si su adquisicion es genuina ó contrahecha. Con ese fin y para que al mismo tiempo se les de la publicidad que merecen á los armeros y forjadores toledanos que labraron espadas hasta la entrada del siglo XVIII, cuyo temple y finura serán siempre justamente apreciadas, y para que de ese modo pueda conocerse si una hoja antigua de las que aun se conservan es ó no obra de sus manos hemos adquirido la anterior tabla de las marcas y señales que usaron en sus espadas los mas famosos armeros de Toledo hasta la estincion de esta fábrica que fue á la entrada del siglo XVIII, y en otra correspondiente á esta, la nómina ó lista de sus nombres por órden alfabé-

tico y no por el cronológico, pues en los mas no se sabe de cierto el tiempo en que florecieron. Advirtiéndose que muchos de estos maestros ademas de la marca grababan su nombre con letras reunidas en el canal del primer tercio de la espada, y el conocimiento de sus caracteres y modo de estampar los asegura no poco su legitimidad.

No respondemos de que las marcas y los armeros en estas tablas enunciados sean los únicos que hayan trabajado en ese tiempo en Toledo; pero con todo estando espresadas la mayor parte de las matrices se acreditará la legitimidad de muchas hojas, y se sabrán así los nombres de muchos y famosos armeros, cuyas obras se miran en la actualidad como preciosas antigüedades dignas de conservarse con esmero.

Madrid y marzo 8 de 1841.

N. MAGAN.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

D. JUAN DE LA-NUZA.

(Continuación. Véase el número anterior.)

V.

8 DE NOVIEMBRE DE 1591.



RA una tarde lluviosa de otoño, y el cierzo que venia del nevado Moncayo azotaba las calles de Zaragoza con su soplo glacial. A pesar de eso todos corren presurosos hacia el campo del Toro sin hacer caso del rigor de los elementos, ni de la inclemencia del cielo, que parecia desaprobar la escena que en él pasaba. En aquella ciudad que hacia mucho tiempo desoia los ruidosos aprestos de Belona se iba á practicar aquella misma tarde la reseña de las tropas tumultuariamente levantadas, para resistir á los tercios de Castilla, que avanzaban por las orillas del Ebro, dirigiéndose á la ciudad Augusta. Oíase por todas partes el ruido de los parches, el sonido de los clarines y el presuroso galopar de los caballos. Los jóvenes siempre ansiosos de gloria mareaban ufanos hacia la plaza de armas, ostentando sus bruñidos cosletes, y sus gorras adornadas de vistosas plumas, gala predilecta de los militares de aquel tiempo, y hasta los gefes mismos y los capitanes que murmuraban en voz baja sobre la descabellada empresa en que se los comprometia, al ponerse al frente de sus improvisadas compañías mostraban erguidos los dorados puños de sus varas.

Poco antes de las dos de la tarde se oyó á lo lejos el ruido de los clarines y tímboles, y al punto los gefes principiaron á estrechar los pelotones y aproximar las escuadras. Vióse llegar á breve rato el estandarte de S. Jorge en medio de un lucido escuadrón de la nobleza y gente principal de Zaragoza: marchaba á su frente el justicia D. Juan de La-Nuza acompañado de algunos lugartenientes y jurados de Zaragoza, del diputado D. Juan de Luna y los señores de Villahermosa y Aranda que formaban el consejo supremo de la guerra.

Poniéndose el justicia al frente de las tropas dió por tres veces el grito de guerra "S. Jorge por Aragon", y desplegó á vista de todos el pendon de la caballeria aragonesa, pasándolo en seguida á manos del Alférez mayor del ejército. A la vista de aquella sagrada enseña de libertad y religion todo el ejército, y el numeroso concurso de espec-

tadores prorrumpió en entusiasmos vivos al señor San Jorge, y á los fueros y libertades de Aragon.

Procedióse en seguida á reconocer las fuerzas y designarles sus respectivos puestos. Componíase el ejército en su mayor parte de la gente de Zaragoza formada en varias compañías, que llevaban los mote de las parroquias y gremios á que pertenecian sus individuos: entraban en seguida los montañeses de Ribagorza, y la gente de los señores en corto número; y en pos de ellos los de Teruel y Albarracin que eran los únicos que habian acudido por parte de las comunidades: habia tambien dos compañías de lacayos y gascones, principales instrumentos de las revueltas anteriores. Entre los que mandaban estas compañías sobresalian D. Martin de La-Nuza (1) maese de campo general del ejército, D. Juan Paternó, comandante de la gente de Zaragoza, D. Juan Moncayo, capitan de la parroquia de la Magdalena, D. Pedro Bolea de la de S. Pablo, Pedro Fuertes, capitan de los pelaires, Godofre Bardaxi, Francisco de Ayerbe, Dionisio Perez, Manuel, D. Lope, Cristobal Frontin, y el célebre Gaspar de Burces, autor de la fábula que costó la vida al marqués de Almenara. La caballeria se componia de un número bastante considerable de labradores de Zaragoza y algunos pocos caballeros, á las órdenes todos de D. Diego Heredia. La artilleria consistia en tres cañoncitos que habia prestado el duque de Villahermosa de las fortificaciones de Pedrola, y otros tres ó cuatro del conde Aranda traídos de Aranda y Epila á instancias de los diputados del reino.

La fuerza total eran unos 4000 hombres, pero sin disciplina, sin instruccion y sin armamento. La artilleria sin municiones, la caballeria de rocines, y la infanteria armada una gran parte de picas y partesanas á falta de arcabuces... ¡Tal era el cuadro que presentaba el ejército de Aragon! Y estos hombres inermes y visoños habian de hacer frente á un ejército agterrido de 12000 hombres y 2000 caballos, mandado por gefes expertos, y compuesto en una gran parte de soldados, que vestian los arneses arrancados á los esquizaros y hugonotes en las dunas y pantanos de Batavia. Y á pesar de eso los labradores de Zaragoza espetados en sus rocines, y empuñando sus mohosos lanzones se creian superiores á los ejércitos de Jerges, cuanto mas á los formidables tercios de Castilla, cuyo solo nombre hacia retremblar á la Europa.

Recorrian las filas los del consejo de guerra exhortando á los soldados á que guardasen las reglas de la disciplina militar, y se abstuviesen de riñas y pendencias. Reconviene el duque de Villahermosa á varios que estaban disputando les dijo, "¿no teneis union entre vosotros, y quereis resistir á los extranjeros?" no fue necesario mas para que en el acto calasen la mecha y apuntasen los arcabuces

(1) Huyó por no tomar el mando.

Para no confundirse es de advertir que intervinieron La-Nuzas en estas ocurrencias:

Don Juan de La-Nuza (padre) que era justicia cuando la primera entrega de Antonio Perez al principio de estas revueltas:

Don Juan de La-Nuza (hijo) que sucedió al anterior y es de quien tratamos:

Don Pedro de La-Nuza, hermano del anterior, que permaneció al lado de su madre, y le hizo el rey conde de Plasencia y caballero de Santiago, para indemnizarle de la usurpacion de su hacienda que se habia confiscado.

Don Martin Baptista de La-Nuza, uno de los lugartenientes del justicia, y primo de este, que se opuso á la declaracion del fuero por falta de libertad para discutirlo.

Don Martin de La Nuza, maese de campo del ejército de Aragon: estaba reputado por el mozo mas valiente y bizarro de todo Aragon y señor de Gratal y Puigbolea.

Si hubiera sido el justicia hubiera perecido mas facilmente en un campo de batalla que no en un patibulo.

contra él, y el conde Aranda que iba á la par gritando "maten á esos traidores." Viéndose en tal apuro picaron de espuela á toda priesa, perseguidos por una turba de soldados que los llenaba de baldones, y gracias á la celeridad de sus caballos pudieron evadirse de ellos, y refugiarse en el monasterio de Santa Engracia.

Pero habiendo sido descubierto su asilo, se vieron en la precision aquella misma noche de saltar las tapias de la huerta, huyendo hácia Epila donde llegaron medio muertos, despues de haber estado andando á pie durante toda una noche tempestuosa.

Este accidente concluyó de desbaratar aquel ejército colectivo, pues la gente de los señorios, resentida del atropello de sus señores, recogió sus banderas y se volvió á sus casas, y los montañeses, y otros muchos vecinos y gefes de Zaragoza ó bien convencidos de su impotencia ó por no alternar con gente tan insubordinada, se desvandaron y ocultaron segun pudieron, quedando su número reducido á 1500 hombres.

Viéndose La-Nuza abandonado y en poder de unos insensatos, que trocando los frenos reputaban la precaucion por cobardia, y un consejo prudente por conato de traicion, determinó evadirse de sus manos, consultándolo con Don Juan de Luna que era la única persona de confianza que le habia quedado. Manifestóle una carta que habia recibido aquella mañana secretamente, en la que las universidades en vez de secundarle y concurrir á la convocatoria, le reconvenian por su conducta. La carta decia asi:

Ilmo. Sr.

"Con las letras que á nombre de V. Señoría nos han sido presentadas avemos recibido la pena y sentimiento que se debe, por vasallos tan fieles á su rey y señor: viéndolo aya llegado el atrevimiento de los inquietos á levantar un testimonio tan perjudicial á nuestras leyes y reputacion como en las letras se dice.
"A. V. Señoría se le ofrecerán ocasiones, para librarse de la opresion y fuerza que padece, de la cual no se temia menos que este y otros malos efectos que se van viendo. Suplicamos á V. Señoría lo haya, pues ve cuanto importa no ofender ni enojar á S. M., y corresponder á la ilustrísima sangre de donde V. Señoría viene. Señaladamente que los inquietos no son buenos para creerlos, y mucho menos para imitarlos; porque como quien se ahoga no mira el agua que beven, y asi no se puede sacar otro provecho de ayudarles y ser su caudillo, que perecer juntamente con ellos." &c.

(1) Esta contestacion echaba por tierra todos los proyectos del justicia, el cual habia contado siempre con el apoyo de las universidades. Abriendo entonces los ojos conoció el abismo donde se iba á precipitar, contuvo el paso, y retrocedió horrorizado. Conociendo los sublevados en el abatimiento de su semblante el disgusto que le agitaba, le rodearon como de una guardia, para impedirle fugarse, y le acompañaban á todas partes espiando sus acciones y observando sus pasos. Dos dias despues de la reseña llegó la noticia de que D. Alonso de Vargas habia entrado ya en Pedrola sin resistencia alguna, y que un destacamento de su ejército bajaba en direccion de Alagon.

Era ya de noche, y á pesar de eso se dirigieron los capatazes á casa del justicia, y sin dar oidos á sus justas escusas le amenazaron de muerte si en el acto mismo no se

(1) Este documento debian consultar los que tanto han disparatado acerca de estos sucesos, atribuyéndolos á decaimiento del entusiasmo por los fueros, y á otras causas todavia mas ridiculas y arbitrarias: verian en él la verdadera causa de la apatia de los aragoneses, y de las anomalias que acontecieron.

ponia al frente de ellos para ir á defender el paso de Alagon. Formaron pues precipitadamente, y guiando el maese de campo D. Martin de La-Nuza salieron con el estandarte de S. Jorge para acampar en Mozalbarba á una legua de Zaragoza. Pasó allí el justicia una noche cruel, pues le hubiera sido muy facil á D. Alonso de Vargas el haberlos cogido á todos. Al amanecer salieron de Mozalbarba, pero al llegar á Utebo aprovechando La-Nuza un ligero descuido de los sublevados aparentó castigar á su caballo, y haciendo una seña al diputado D. Juan de Luna que no se apartaba de su lado metieron el acicate á sus corceles, y huyeron á carrera tendida hácia Epila donde estaba Doña Catalina de Urrea, madre del justicia y tia del conde Aranda.

Viéndose los insurgentes enteramente abandonados, se dispersaron en varias direcciones maldiciendo de su suerte: Don Diego Heredia, Martin de La-Nuza y los principales gefes huyeron precipitadamente hácia la montaña y en seguida á Francia temerosos de que Vargas les cortase el paso. Viendo este espedito el camino entró en Zaragoza el dia 12 de noviembre, sin obstáculo alguno, habiendo sido recibido por el virey y las demas autoridades y alojado con la mayor benevolencia.

Entre tanto La-Nuza para sincerarse de la nota de cobarde que hubiera sentido al par de la muerte, dirigió á las universidades un manifiesto (1) en que daba sus descargos reducidos principalmente á la escasez de sus fuerzas, y á la insubordinacion de su gente. A pesar de eso confesaba que su deseo hubiera sido cumplir con su oficio, y que el haber desistido habia sido falta no de voluntad sino de fuerzas. Este manifiesto fue la causa de su muerte, pues no se le perdonó el haber declarado tan sinceramente su propósito. Pero La-Nuza satisfecho de su conducta, y viendo ya todo tranquilo, y al ejército en Zaragoza, pasó á Calatayud para avistarse con el marqués de Lombay, y desde allí volvió sin recelo alguno á su tribunal para ayudar al asiento de los negocios.

(Se concluirá.)

EL OBELISCO EN LA PLAZA DE S. PEDRO DE ROMA (2).



ROMA, la ciudad de la república y de los Césares, se habia convertido en la ciudad de las ruinas y de las catacumbas. En vano el genio de la edad media le habia devuelto en cierto modo el esplendor de su primera soberanía; la belleza de sus basílicas, la solemnidad del servicio divino en sus criptas, las iglesias patriarcales de los papas, depósito sagrado de los monumentos mas antiguos del cristianismo, el palacio imperial de los soberanos alemanes, tantas fortalezas construidas por familias independientes como para arrostrar un dia la cólera de los tiranos; todo, en fin, habia sufrido el rigor del Dios de los momentos. Lejos los papas de la ciudad eterna no estaba allí la mano reparadora. Desde San Silvestre hasta la puerta del Pópulo no habia mas que jardines y pantanos. Las colinas estaban, y solo se veian al-

(1) Sentimos que su mucha estension no permita dar cabida á este curioso documento, que confirma casi cuanto hemos dicho: puede verse en la informacion que escribió sobre estos sucesos el célebre Luperio Leonardo de Argensola cronista de Aragon á la página 128.

(2) En el tomo primero de la primera série dimos una vista general de esta plaza.

gunas construcciones en la llanura siguiendo las sinuosidades del Tiber; pero innobles, sin idea artística, solo buenas para habitaciones de pescadores y barqueros. Las calles estrechas y oscuras lo eran todavía mas por los corredores con que unían unas casas con otras. Ni un solo recuerdo, ni una sola idea de la antigüedad. El célebre Capitolio se habia convertido en monte de Calzas, el Forum romanum en campo de vacas, y á los pocos monumentos que no habian perecido unian las mas ridículas y estrañas tradiciones. Tal era el cuadro real de la decaída capital del mundo á la entrada de Eugenio IV en 1443.

Luego que el papa Nicolás consiguió reunir bajo su obediencia toda la cristiandad, concibió el proyecto de devolver á Roma su antigua magnificencia; pero no podia ser la obra de un solo hombre. Sus sucesores animados los mas de un espíritu creador, hicieron infinitas construcciones que todavía son la admiración de los artistas: la iglesia de San Pedro, el puente *Travertino*, la *Cancellaría* con su *Cartile*, *S. María degli Angeli*, la *Strada Julia* y cien otros monumentos semejantes. Pero lo que mas llama la atención por el espíritu que la produjo, por el mérito artístico con que se terminó, es la creación del obelisco ante la iglesia de S. Pedro.

El hijo de Peretto Peretti nacido en las ruinas de un viejo templo de Juno Etrusca, despues de haber pasado por todos los grados de la miseria, entró en un colegio de franciscanos. Un fraile su pariente que habia hecho el sacrificio de pagarle los gastos de escuela, era tambien su director en el claustro. El jóven Feliz estudiaba sus lecciones, sin haber comido, á la luz moribunda de la linterna del claustro, y cuando la linterna se apagaba, se acogía á la lámpara perenne que ardía ante la hostia consagrada. Esta severidad en su educación formó el carácter particular que se desarrolló completamente por el trato y relaciones con Ignacio, Felino y Felipe Neri. Siempre unido al partido de la disciplina rigurosa, no habia para él arte ni ciencia que no debiese rendir tributo á la religion; por eso como Fra Feliz Peretti fue el *consultor* de Paulo IV, de la inquisición y de Pio V, como cardenal Montalto comenzó la gran capilla de Sta. María mayor, como Sixto V desplegó en toda su grandiosidad el genio cristiano que habia de convertir en Roma católica los restos de la Roma pagana. Aquellas ruinas que en tiempo de Leon X se contemplaban con una especie de religion, fueron destinadas por el inflexible pontífice á aparecer de nuevo en los aires; pero con las marcas visibles de su carácter, como monumentos del paganismo que debian servir á la glorificación de la cruz.

Cerca de la vieja sacristía de la iglesia de S. Pedro estaba como oculto entre escombros uno de estos monumentos, consagrado segun una tradicion bastante dudosa, al hijo de Sesostri, y trasportado á Roma en tiempo de Calígula. Era de granito rojo, sacado de las montañas de Thebas en Egipto, y comprendiendo la cúspide presentaba ciento once y medio palmos romanos de alto, doce de ancho en su base, y ocho en la parte superior. Sixto V juzgó que este obelisco decoraría muy bien la plaza por donde se llega á la mas soberbia iglesia del mundo, y que así sometería á la Cruz otro monumento de la impiedad en el mismo sitio en que la muerte de Cruz habia sido el galardón terreno de la obediencia cristiana. Para una empresa tan gigantesca, tan difícil en la parte artística Sixto se dirigió de un modo solemne á todos los arquitectos é ingenieros de Europa. Mas de quinientos presentaron reciprocamente un plan, un modelo ó al menos una memoria. Las opiniones, como era de esperar, fueron diversas. Dominico Fontana dió el suyo. Este célebre arquitecto, á quien el papa siendo todavía cardenal Montalto le habia confiado la construcción

de la capilla y palacio en la basílica de Sta. María Maggiore, sostenia contra la opinion general que era necesario arrancar el monolito de la base en que descansaba, trasportarlo en aquella forma, y no descubrirlo hasta la plaza en que habia de erigirse. Sixto V quiso hacer la experiencia en otro pequeño que perteneció al mausoleo de Augusto, y el éxito fue feliz: pero se minoró la alegría de Fontana al saber le habian dado por compañeros á Juan Porta y Bartolomé Ammanati; representó sin embargo, y se atendieron sus razones.

Comenzóse pues la empresa en la convicción de que se iba á ejecutar una obra célebre en todos los siglos. En derredor del obelisco se formó un circo destinado para las maniobras. Nuevecientos obreros, despues de haber oído misa y recibido la sagrada comunión, se presentaron animosos con ciento cuarenta caballos de tiro. El arquitecto Fontana ocupaba un lugar elevado para dirigir los trabajos. Rodearon la enorme masa con palizadas y maderos abrazados por sólidos anillos de hierro, formando treinta y cinco puntos de apoyo con otros tantos fuertes cabestrales, y trabajando en cada uno de ellos diez hombres y dos caballos. Una trompeta habia de marcar el movimiento: los timbales el reposo. Fontana dió la señal. Al primer empuje el obelisco no estaba ya en la base en que reposara mil quinientos años; al duodécimo poseído de una enagenación artística el afortunado arquitecto vió en su poder, y á tres palmos de tierra la masa enorme que no bajaba de un millon de libras romanas. En este momento las tres de la tarde del treinta de abril de 1586 el castillo de S. Angelo dió al pueblo romano la nueva feliz; las innumerables campanas la repitieron, y los obreros llevando al arquitecto en triunfo no cesaban de gritar ¡viva! Siete dias despues el obelisco estaba ya en la plaza de S. Pedro conducido sobre cuatro cilindros, pero no se emprendió su erección definitiva hasta pasados los meses del calor.

El Papa eligió para este acto solemne el diez de setiembre, el miércoles mas próximo á la exaltación de la Cruz á la que se habia de dedicar el obelisco, día que Sixto V creía haberle sido constantemente propicio, y el mismo en que el duque de Piney-Luxemburgo, embajador de Enrique IV, hacia su entrada pública en Roma. Los obreros despues de haberse encomendado á Dios como la vez primera cayeron de rodillas al entrar en el circo. Era la hora de la aurora, y Fontana desde una especie de trono tomaba sus disposiciones, no sin haber consultado la manera con que Ammiano-Marcelino describe la última erección de otro obelisco. La trompeta sonó; á las tres sacudidas se vió á la gran masa suspendida en los aires, al cincuenta y dos empuje y una hora antes de ponerse el sol descansaba sobre su pedestal, sobre la espalda de cuatro leones de bronce que parecían prontos á arrancarle de nuevo. El pueblo prorrumpió en innumerables vivas; el Papa dió las señales mas vivas de una satisfacción completa. Su objeto estaba conseguido: lo que en vano se habia intentado por un gran número de sus predecesores, lo que tantos escritores habian reclamado, él solo habia llegado á conseguirlo. Mandó anunciar en su *Diarium* que se habia concluido la obra mas grande y difícil del entendimiento humano; valió muchas medallas en memoria de este acontecimiento; dirigió á los príncipes los poemas que en todas lenguas le habian compuesto talentos eminentes de todas naciones; coronó el obelisco con una cruz de bronce que contenia un trozo de la verdadera, y gravó una inscripción en la que se lisongeaba haber arrebatado este monumento á los emperadores Augusto y Tiberio, y haberlo dedicado á la cruz.

El arquitecto del Papa tuvo tambien una debida recompensa. Le hizo pagar cinco mil escudos de oro; le asignó una pensión de dos mil reversible á sus herederos; le creó

caballero de la espuela de oro, y le cedió el valor de todos los materiales que no bajó de veinte mil escudos romanos. Tal fue el fin de la empresa mas considerable del reinado de Sixto V.

I. R. ALBORNOZ.

CRÍTICA LITERARIA.

ENSAYOS POÉTICOS

de Don Salvador Bermúdez de Castro (1).



AY en el transcurso de la vida humana una época especial, determinada, en que el hombre vive henchido de placeres é ilusiones, porque ni el dolor le atige, ni el porvenir le aterra; que todo sonríe en torno suyo, porque en todo halla deleite el corazón; halagos la fantasía; es un continuado sueño de delicias que el magnífico espectáculo de la naturaleza produce en el alma, y que el fuego de la imaginación sabe revestir de los atractivos y encantos con que acostumbra realzar los innumerables fenómenos de la creación. Esos deleites, esos placeres, son entonces puros, inocentes, porque son hijos del corazón y de la fantasía; puros igualmente como la infancia de que el hombre acaba de salir; sencillos, inocentes, como el deseo que los apetece, porque despierta de un pesado letargo en que sus ojos no han podido fijarse para contemplar las maravillas de la naturaleza. Entonces los abre; y el corazón y la mente reciben con avidez las sensaciones agradables que sobre ellos se aglomeran, como el sediento empapa sus fauces en las ondas del primer arroyo que se brinda á su deseo. Esta es la verdadera vida del hombre, esa es la edad de que nunca debiera salir. Pero sale de ella porque no puede evitarlo; porque el tiempo le empuja hácia adelante con mano férrea como si temiera retardar el momento de devorar su víctima; como si el hombre mismo no fuese para ese intento el mas poderoso auxiliar de aquel devorador de los siglos.

Traspasa el coto de esa época de transición, y el espíritu de análisis se apodera de las sensaciones, las descompone, las desvirtúa, las reduce á elementos incapaces de satisfacer el corazón ni de inflamar la fantasía, y ya entonces el hombre vé, observa y reflexiona con la ávida calma de la razón; y aquello que tanto estasiaba su corazón y su fantasía, lo mira luego con desden y lo abandona; bien así como el niño que después de haberse complacido con los sorprendentes movimientos de un juguete, le rompe para ver su mecanismo interior, y ya satisfecha su curiosidad, le arroja en tierra para hacerle pedazos. Esa edad, la mas funesta de la vida humana; esa edad en que la fantasía tiene un exceso de robustez y movimiento sin hallar en que cebarse, forzada á alimentarse tan solo de sí misma; en que el corazón sediento de placeres, nada encuentra que satisfaga sus deseos, incesantemente afanado por llenar su inmenso vacío con goces forjados por un idealismo engañoso y seductor; esa edad es la del tormento, la de la desesperación, la de los crímenes; esa edad no acaba su horrosa carrera, sino cuando ya cercano al sepulcro, debilitada la imaginación y agostadas las sensaciones, única-

mente vé el hombre en toda su desnudez lo insubsistente y efímero del placer y del dolor, lo veleidoso de nuestros gustos, y la fúnebre sima donde van á ser eternamente sepultados nuestros afanes, nuestras miserias, los ensueños del placer, y los delirios de la vanidad humana.

Esas tres edades del hombre son precisamente las tres edades de la poesía; porque en las de esta se descubren siempre los caracteres especiales que distinguen á las de aquel. Si en la primera canta el poeta las maravillas de la naturaleza, las delicias del amor, las dulzuras de la amistad; si en ella mira el campo esmaltado de flores, el arroyuelo lamiendo sus tallos, las auras libando sus aromas, testigos todos de los inefables placeres que goza en el regazo de su amada; en la segunda edad se le oír cantar su inquietud, sus recelos, su incredulidad, su ambición y sus tormentos; se le oír cantar su sed nunca saciada de placeres, que ya para él no existen: su temor, sus remordimientos, sus dudas; en suma las penas de Sísifo y de Tántalo destrozando su lacerado corazón y ensobreciendo su abrasada fantasía. Vedle ya en la tercera edad, y toda la escena del mundo cambia á su vista de igual manera que él se muestra variado para los demás hombres; porque ya perdió sus ilusiones la fantasía, el corazón sus deseos, y la calma de la fría razón, sola y abandonada á sus aisladas meditaciones, le dejan en el tranquilo reposo del que se entrega en brazos del sueño después de haber salido de un bullicioso sarao. Su canto no es ya el inflamado por el soplo ardiente de las pasiones; es el canto de la meditación reflexiva, aunque penosa, de lo que es y en breve dejará de ser. Triste pero necesario remanso en donde el alma se repara de las espantosas averías que ha sufrido en el tormentoso mar de la vida!

He aquí, pues, los manantiales fecundos de la poesía, y el origen al mismo tiempo de los varios caracteres con que constantemente se presenta, sin que estos varíen á pesar de las modificaciones introducidas por el capricho del gusto en la materialidad de sus formas exteriores. A despecho de ellas el alma es siempre la misma, unas mismas las pasiones, y siempre semejante su expresión; porque el hombre en todos los siglos, en todas las naciones, bajo todos los sistemas, es constantemente el mismo, siempre consecuente con sus deseos, con sus temores, con sus esperanzas, con sus delirios, hasta con la sublimidad que á veces descubre en medio de su fragilidad y miseria.

Mas cuando las convulsiones sociales llegan á prestar su apoyo á la natural propensión de aquella segunda edad del hombre que dejamos bosquejada; cuando la violencia de sus sacudimientos desquicia el edificio social, trastorna los principios que le rigen, introduce la duda en todas las verdades, lleva el espíritu analítico hasta la región mas impenetrable á la débil razón humana después de haber rasgado el velo de la ilusión á todo lo que nos rodea, ilusión dulcísima, sin la cual la vida es una carga pesada y enojosa; entonces la poesía que nace de esa edad angustiosa y fatídica, es la expresión fiel del estado de combustión moral de los individuos; representa exactamente las convulsiones del infeliz en cuyas entrañas ha penetrado el arsénico.

Por desgracia de la sociedad, ancho campo deja abierto la continuada sucesión de las revoluciones sociales al escepticismo mas inhumano y destructor; y decimos por desgracia, bien convencidos de que lo que por un lado gana la sociedad en las revoluciones, lo pierde necesariamente por otro; á semejanza del guerrero que alcanza la victoria á precio de las heridas que luego apresuran la carrera de su vida. El escepticismo, pues, constituye el fundamento de la poesía actual; y aunque importada, y no nacida entre nosotros con ese carácter, nuestros mas brillantes ingenios

(1) Se hallan de venta en Madrid en el gabinete literario calle del Príncipe, núm. 25: en las provincias en las principales librerías corresponsales de este establecimiento.

siguen la senda que el espíritu de imitación y las revoluciones les señalan con su mano de hierro.

Si tal es la tendencia del presente siglo; si tal es la propensión invencible de la poesía moderna, natural es también que las imaginaciones fogosas, formadas y alimentadas en medio de elementos tan poderosos, satisfagan una necesidad igualmente imperiosa é irresistible, cual es el expresar sus sensaciones tal cual las reciben por influencias ajenas de su corazón, y ofrecer holocaustos en las aras del ídolo común, que vela su frente para que los mortales no descubran todo lo horrible de su mentida divinidad.

Muy lejos tal vez de imaginarlo, y creyendo acaso seguir tan solo el impulso de su alma ardiente y apasionada, ha colocado también su ofrenda en las aras de ese mismo ídolo nuestro joven y apreciable literato D. Salvador Bermúdez de Castro. No creemos ofenderle repitiendo en otros términos lo que él mismo dice con las palabras siguientes en la introducción á las poesías que acaba de publicar. "Tal vez entre estos ensayos hay algunos que son triste muestra de un escepticismo desconsolador y frío: lo sé, pero no es mía la culpa: culpa es de la atmósfera emponzoñada que hemos respirado todos los hombres de la generación presente: culpa es de las amargas fuentes en que hemos bebido los delirios que nos han enseñado como innegables verdades. La duda es el tormento de la humanidad, y ¿quién puede decir que su fé no ha vacilado? Solo en las cabezas de los idiotas, y en las almas de los ángeles no hallan cabida las pesadas cadenas de la duda." Triste y dolorosa confesión arrancada del alma á impulsos del mas amargo despecho! Pero dejemos á un lado reflexiones allictivas, y veamos el mérito literario del libro que las motiva.

Bajo el modesto título de *Ensayos poéticos*, ha dado á luz el Sr. Bermúdez varias de sus poesías, entre las cuales no pocas descubren al poeta que acaba, no al poeta que comienza su carrera. Sus mas relevantes prendas consisten en la fuerza de imaginación, vehemencia en el estilo, brillantez en el colorido poético, imágenes y figuras robustas bien acomodadas al pensamiento. Cuando este se remonta á la contemplación de objetos sublimes, la expresión poética participa de la grandeza de aquellos, como se vé en esta breve pintura del poder de Dios:

Mi Dios es el creador: bajo su planta,
Lanzando pura luz, blanda armonía,
Por medio de la bóveda sombría
Esos millares de universos van.
El arranca del sol los rayos rojos
Que demandan las mieses del verano,
Y desde el hombre al mísero gusano
Vida y amor, y sentimiento dan.

El, desde el carro de la blanca luna,
Vierte á la flor el plácido rocío;
Él lleva el paso del corriente río
Hasta los brazos de la inmensa mar.
A sus miradas lánguida la fuente
Brotó del monte en la florida falda:
Y él arroja en sus ondas de esmeralda
Virgen violeta, cándido azahar.

A su voz el frenético torrente
Entre las altas rocas se despeña;
El témpano de hielo de la breña
Se desprende con fúnebre clamor.
Flota á su soplo la purpúrea nube,
Del cielo en el azul tranquila nave,
Y la brisa aromática y suave
Duerme en el cáliz de la amante flor.

De mi Dios contemplando los portentos,
No aguardando decretos de venganza,

Angeles mil radiantes de esperanza
Giran en torno al místico dosel.
Y las flores, el aura silbadora,
El tronador torrente, el claro día,
Exhalan sus perfumes, su armonía,
Su clamor y sus luces para Él...

Humilde, oh Dios, cual tímida azucena
Que se dobla al capricho de los vientos,
Triste como los últimos lamentos
Que repite en las ondas el alción,
Yo te pedí la dicha, y mi gemido
Resonaba en la bóveda sagrada,
Como suena del harpa abandonada
La postrera y doliente vibración.

¿Y en dónde la hallaré? Flor solitaria,
¿Qué cielo alumbra tu ignorada cuna?
Mi vista á los destellos de la luna,
O á los rayos del sol te buscará;
Y mi labio, ora crezcas entre yelos,
Ora en las playas áridas del moro,
De tu cáliz purísimo de oro
Los ardientes perfumes libará.

Elevación, nobleza apacible, número y armonía; todo se halla reunido en esas estrofas.

Muy embarazados nos veríamos en la elección, si hubieramos de entresacar trozos de sus composiciones equivalentes en mérito al anterior. Así, pues, nos limitaremos á presentar una muestra de aquel género menos grave, aunque igualmente sentido, pero que lleva consigo la soltura y difícil facilidad de un metro no tan magestuoso como el endecasílabo por lo mismo que se acerca mas á la sencilla expresión de la naturaleza. Entre esa clase de composiciones distinguiremos la siguiente:

A UN SAUCE.

Todo aspira vida nueva
Con la púrpura del sol;
La blanca niebla se eleva,
Mientras el aura la lleva
Entre nacar y arrebol.

Vese al lejos la barquilla
Las arenas de la orilla
Con ancha vela dejar;
Y entorchando vá su quilla
Las espumas de la mar.

Lentamente su capullo
Abre la tímida flor
De las brisas al arrullo:
Todo en la tierra es murmullo;
Todo en el cielo esplendor.

Solo tú, sauce doliente,
Insensible á tal belleza,
No alzas al cielo tu frente;
En la orilla tristemente
Bajas tu hermosa cabeza.

En vano bañan tus ramas
Las ondas puras del río
Que vuelven del sol las llamas,
Y se rizan, como escamas,
A las auras del estío.

En vano, tímida amante,
La fresca brisa procura
Calmar su pena, y constante
Cubre tu frente ondeante
Con perfumes, con frescura.

Creces, oh sauce, doblado
Como la yerba en el mar.
Siempre ante el viento inclinado;
Al dolor predestinado,
Fue tu existencia llorar.

Mas sensible que las flores,
Tú no insultas la aflicción
Con perfumes, con colores;
Tú comprendes los dolores
De un cansado corazón.

Tu vida es la del mortal;
Como el tuyo es su gemir;
Y esa existencia fatal
Es la vida universal;
Es nacer, sufrir, morir.

El tono suave, tierno y sentido de esta linda composición, dá un realce singular á su colorido poético. ¡Lástima es ciertamente que así en esta como en otras composiciones, no haya el autor detenido un poco mas la lima!

El soneto, composición difícil por excluir todo lo inútil al pensamiento principal, por la unidad que debe haber en él, y por no consentir descuido de ninguna especie, le ha comprendido perfectamente el Sr. Bermúdez, como puede verse en el siguiente, muy recomendable por la grandeza del pensamiento y acertada elección de las palabras con que el poeta se expresa.

LA ETERNIDAD DE DIOS.

¡Jehová! ¡Jehová! yo anhele tu presencia:
Soy un gusano que sacude el cieno:
Mi vista entre la atmósfera del trueno
Se baña en tu inmortal omnipotencia.
Tu aliento es luz; la eternidad tu esencia,
Mientras lóbrego abismo de horror lleno
Arrastra y quiebra en su insondable seno
Del vil mortal la mísera existencia.

Los años que con años se confunden
Del tiempo móvil á la planta alada
Mas rapidez á su carrera infunden;
Y á los ojos de Dios la edad pasada,
Los millones de siglos que se hunden,
Menos son que un momento, son la nada.

Concluiremos por no hacer demasiado extenso este artículo, recomendando á los amantes de la poesía la colección del Sr. Bermúdez; salpicada, por donde quiera que se examine, de pasajes excelentes en que la viveza y oportunidad de las imágenes poéticas de que abundan, descubren la ferviente imaginación del autor. Al propio tiempo, y sin que esto sea rebajar en lo mas mínimo el mérito de sus composiciones, haremos como de paso una observación que por ser general no se dirige especialmente al Sr. Bermúdez: hablamos de las varias especies de versos que la mo-

da ó sea el ansia de variar ha introducido ó mas bien renovado en nuestra poesía.

Los versos endecasílabos cuando terminan en palabra aguda pierden la cadencia de tales, precisamente porque esta, además de la cesura del hemistiquio, necesita para ser completa el descenso que hace la voz cayendo blandamente á la última sílaba del verso, desde la penúltima en que carga el acento y por consiguiente la pronunciación: es pues necesaria esa sílaba final, muda en cierto modo, para dar alguna prolongación al sonido de la voz aguda, y que no suene secamente cortada á la manera de la rima francesa, que tanto suele repugnarnos antes que el oído se familiarice con ella. Lo mismo decimos, en razón inversa, de las palabras esdrújulas, que afortunadamente no están admitidas sino en la poesía festiva.

Los versos de doce y catorce sílabas carecen de todo género de artificio, y por eso desaparecieron de nuestra poesía apenas se introdujo el endecasílabo italiano, el mas perfecto é ingenioso de los metros modernos; porque solamente en los versos cortos, ó de arte menor, tienen cabida con buen efecto las sílabas pares así como los consonantes agudos. ¿Qué novedad simétrica se encuentra en formar estos versos de doce sílabas?

Allá en los confines del puro horizonte
Un pueblo en tumulto terrible se vé;
Inunda gritando la cumbre de un monte;
Al rónico rugido vacila su pie.

¿Acaso no les demos al pronunciarlos, la misma cadencia y armonía métrica que si estuvieran escritos de este otro modo?

Allá en los confines
Del puro horizonte
Un pueblo en tumulto
Terrible se vé; &c.

¿Y no vemos igual resultado en los siguientes versos de catorce sílabas, divididos por la cadencia en otros de siete?

En donde está, Toledo, tu pompa y tu belleza?
¿En dónde están las flores del mágico pensil?

Los cuales equivalen á estos:

¿En dónde está, Toledo,
Tu pompa y tu belleza?
¿En dónde están las flores
Del mágico pensil?

¿Hay alguna diferencia entre unas y otras estrofas? Creemos que no; pero la moda lo quiere así, y así continuará hasta que se canse y nos dicte otras leyes; seguros de que en semejantes variaciones del gusto ganará poco la poesía, porque esta no consiste esencialmente en la versificación.

REVILLA.



MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.

Ayuntamiento de Madrid